

Día 25. Reparación por nuestro pecado

ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre Santo, Tú no eres indiferente a nuestra ingratitud, y has querido que tu Hijo eterno se encarnase para poder amarnos y ser amado con un corazón de hombre: danos tu Espíritu Santo para que nos enseñe a vivir toda nuestra vida como una ofrenda para reparar nuestros propios pecados y los de todo el mundo.

MEDITACIÓN:

Llevamos ya recorridos muchos días en nuestro camino de preparación para la consagración al Corazón de Jesús. Hemos contemplado muy de cerca muchos aspectos de este Corazón; eso hace, casi inevitablemente, que crezca nuestra amistad y, proporcionalmente, también aumenta nuestra conciencia de la gravedad de cada una de las traiciones que hemos hecho a este buen Jesús, que lo ha dado todo para manifestarnos su amor incondicional y gratuito. Por eso aparece en nosotros el deseo de reparar. Es algo así como lo que debió experimentar la mujer pecadora de la que nos habla el Evangelio:

Un fariseo le rogaba que fuera a comer con él y, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. En esto, una mujer que había en la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Volviéndose a la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Tú no me ungiste la cabeza con unguento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho». (Lc 7, 36-48)

¿Qué peso tendría en el corazón esta mujer que se arriesga a entrar en una comida privada, rompiendo con todas las barreras de la sociedad y se acerca a Jesús para pedirle perdón sin palabras? No lo podemos saber, pero sí podemos intuir que de alguna manera ella entendió que podía hacer algo al respecto; el daño provocado por su pecado no tenía por qué tener la última palabra. Por eso se deshizo en actos de amor disparatados. Quizá los demás no, pero Jesús sí lo entendió, y manifestó claramente que su gesto no le era indiferente.

Esto es una gran verdad: ¡Nada le es indiferente al Corazón de Jesús! Así lo entiende santa Margarita María cuando Jesús se le manifiesta. Ella ve su *Corazón rodeado por una corona de espinas, que significa los pinchazos hechos en Él por nuestros pecados*¹.

Ciertamente, al contemplar una imagen del Sagrado Corazón y ver en ella la herida del costado y la corona de espinas, comprendemos más fácilmente que nuestros pecados verdaderamente hieren al Señor. Por un lado, porque le duele vernos rechazar el amor del Padre, y por otro porque para poder devolvernos la vida, él tiene que cargar dolorosamente con las consecuencias de nuestros actos. Todos podríamos escuchar dicho a nosotros de labios de Jesús lo que escuchó una santa: «Yo no te he amado en broma»². Esto hace brotar en nuestro corazón el arrepentimiento y el deseo de enmienda y de reparación.

Nos dice el Papa Francisco en la encíclica *Dilxit nos*:

¹ Segunda revelación a Santa Margarita María de Alacoque, Julio 1674

² SANTA ÁNGELA DE FOLIGNO

La herida del costado, de donde brota el agua viva, sigue abierta en el Resucitado. Esa gran herida producida por la lanza, y las llagas de la corona de espinas que suelen aparecer en las representaciones del Sagrado Corazón, son inseparables de esta devoción. Porque en ella se contempla el amor de Jesucristo que fue capaz de entregarse hasta el fin. El Corazón del Resucitado mantiene estas señales de la entrega total que implicó un intenso sufrimiento por nosotros. Por eso resulta de algún modo inevitable que el creyente desee reaccionar, no solamente frente a ese gran amor, sino también ante el dolor que Cristo aceptó soportar por tanto amor.³

¡Cómo no vamos a desear reaccionar ante tanto amor! Y aunque no tenemos nada que ofrecer para compensar por nuestros pecados, ni siquiera un frasco de perfume carísimo que poder quebrar ante Él, ni mucho menos una garantía de no recaer en los mismos errores, sabemos que el simple hecho de volver al Señor con un corazón sinceramente arrepentido, con el deseo auténtico de no volver a alejarnos de Él, y la pobre ofrenda de nuestro dolor por haberle ofendido, le consolarán más que ninguna otra cosa.

Podemos hacerlo así en un momento de oración ante el Señor Sacramentado o ante una imagen de su Sagrado Corazón: ir recordando lentamente esas ofensas con las que le hemos herido e ir pidiéndole perdón por cada una de ellas, sabiendo que por cada falta de la que nos arrepentimos, será como quitar de su Sagrado Corazón una de esas espinas que tiene clavadas.

Lo único que puede reparar el Corazón herido del Señor es el amor; por tanto, entreguémosle nuestro pobre y frágil amor para que en él se consuele. Una prueba de este amor será nuestra consagración a su Corazón.

PROPÓSITO:

Enséñame, Jesús, a reaccionar ante tu gran amor y ante el dolor tan grande que padeciste por mí en la cruz, esforzándome en reparar cada pequeña ofensa o falta de amor de este día.

JACULATORIA:

Jesús, de Corazón herido, recibe mi pobre amor en reparación.

³ Carta enc. *Dillexit nos*, n. 151